

LA HISTORIA DE MI 'OTRO YO': PARA QUE LA HISTORIA DE LA MUJER
NO SE SILENCIE

THE STORY OF MY 'OTHER SELF', HOPING THAT THE STORY OF WOMEN IS NOT
SILENCED

CARMEN BENITO VESSELS
UNIVERSIDAD DE MARYLAND, EE. UU.
ACADEMIA NORTEAMERICANA DE LA LENGUA ESPAÑOLA
cbenito@umd.edu

Recibido: 11/09/2020 Aceptado: 02/10/2020

A manera de Prólogo

Cuando Gladys Lizabe me invitó a hablar de mi vida profesional y colaborar en este monográfico de *Melibea*, no dudé en aceptar el honor de hacerlo, pues ayudar a otros jóvenes investigadores me parecía una causa muy noble. Sin embargo, he de decir que me resultó difícil escribir sobre mí misma evitando exceso de modestia o, peor, aparente presunción, por eso he elegido el formato conversacional de una carta abierta.

Resumen: Para que la historia de las mujeres siga viva, estas líneas remiten a la historia de un yo colectivo en el que se inscriben la Historia de las mujeres, la de mi madre y la mía propia. A través de la memoria personal y la académica, comparto un camino personal y singular de percepciones, hechos, emociones... que anclan buena parte de mis investigaciones sobre mujeres en *mi otro yo*. Este me permite transitar desde el universo femenino medieval al de las mujeres de la guerra civil española y de la posguerra y al mío propio, mundo en el que ser mujer y académica en el siglo XXI es tener una profesión privilegiada y dialogante con sus semejantes, para exorcizar el silencio y mantenerlas vivas en la memoria.

Palabras clave: Historia de las mujeres- Periplo personal y académico- Mi propio yo.

Abstract: For the history of women to continue alive, these lines refer to the history of a collective self in which the history of women, that one of my mother and my own are inscribed. Through personal and academic memories, I share a personal and unique path of perceptions, facts, emotions ... that anchor a good part of my research on women in *my other self*. This allows me to travel from the medieval female universe to women of the Spanish Civil War, the post-war and my own universe, world in which being a woman and academic in the 21st century is to have a privileged profession to exorcize silence and keep women voices alive in memory.

Keywords: History of Women- Personal Itinerary- Academic Journey- My own self.

“CARTA ABIERTA”

Querida Gladys:

Como sabes, crecí profesionalmente en Estados Unidos y académicamente en la España y Portugal de los años ‘60-70, y, en ambos casos, lo hice con las inseguridades propias de quien se abre camino en un mundo ajeno e intenta comprender su escala de valores. El acceso a cátedra en el sistema universitario español era impenetrable y el sistema norteamericano, que es el que iba a evaluar mis pasos en las universidades de California y de Maryland, (EEUU) me supuso un gran esfuerzo de adaptación. Atrás quedaban Salamanca, Lisboa y el impositivo esquema universitario peninsular de los años ‘70.

Al igual que tú lo fuiste, querida Gladys, también yo soy extranjera en este país que tanto me ha dado; y en el que, a la vez, la proficiencia lingüística, la catalogación social, racial, económica, intelectual, religiosa, educacional, profesional y/o los estereotipos sobre la mujer dentro del universo masculino me forzaron a buscar estrategias de trabajo que, a la postre, definieron mis áreas de investigación. Por ejemplo, ya que me era económica y familiarmente imposible desplazarme a España con frecuencia, elegí una línea de investigación que pudiese llevar a cabo en las magníficas bibliotecas norteamericanas y no exigiese pasar largas temporadas en archivos españoles. Como sabes, siempre he procurado el equilibrio entre las distintas facetas de la vida a las que doy prioridad: la amistad, la familia, la lectura, los viajes o la recreación al aire libre; de

ahí que, cuando empecé a labrarme el futuro, decidiera integrar mi profesión dentro de mi vida diaria, y no al contrario, pues buscaba una vida en la que el intelecto no sofocara otros placeres mundanos a los que no quería renunciar.

En agosto de 1988, empezó mi periplo para acceder a cátedra en la Universidad de Maryland; en aquel año escolar yo era la única mujer de mi Departamento que tenía una bebé, una bebé de dos semanas; esto ya era un gran reto para entrar a competir en un sistema que, amén de la docencia, exige productividad, asistencia a congresos, servicios al campus y a la sociedad, como si la familia no *ocupase* lugar. Por eso, tener un segundo hijo en un mundo en el que se esperaba que los *Assistant Professors* mantuvieran una vida casi monacal para conseguir la promoción, parecía una osadía... y también decidí afrontarla.

Mi segundo hijo nació tres años más tarde de haber llegado a la Universidad de Maryland y a sabiendas de que, a la sazón, en ella no se concedía baja por maternidad. Eso era un claro indicador de que si no quería renunciar a fundar una familia y pretendía competir en un mundo que no la contemplaba, tenía que redoblar mis esfuerzos pues estaba en palpable desigualdad de condiciones. Sin lugar a dudas, considero que este fue el mayor reto y, como tú bien sabes, no es fácil pero el universo femenino nos ha demostrado que se puede superar con gran satisfacción.

Como creo que te dije, querida Gladys, lo que considero que fue otro gran reto profesional para mí no es inherente al universo femenino sino a mis áreas de especialidad: la Edad Media y la Filología. En los EE.UU., trabajar en este campo supone que siempre vamos a topar con la necesidad de justificar la importancia de las humanidades en una sociedad dominada por el pragmatismo y los valores cuantitativos. Así, ante la pregunta: ¿cómo puede contribuir una mujer medievalista a la sociedad del siglo XXI?, o ¿cómo dialoga una mujer y académica del siglo XXI con la Edad Media, con los condicionamientos de nuestros días y a qué recursos acudimos? Creo que tenemos una profesión privilegiada y que para mejorar nuestra sociedad, los elementos más poderosos a nuestro alcance son la docencia y la escritura académica. Escribir y publicar el primer artículo o el primer libro es, sin duda, un bautismo de fuego, pero bien mirado, la escritura crítica es solo el paso más sofisticado en el cuestionamiento que es innato al ser humano y que comienza en la infancia; yo diría que para mí –al igual que la lengua materna– fue en mi casa, en el día a día, donde aprendí a desarrollar el sentido crítico.

Me resulta imposible pensar en la mujer y en los retos del universo femenino sin

pensar en mi madre quien, para mí, fue el modelo por excelencia de superación de los retos que conoció y que, por su propia naturaleza y por su entorno estaban destinados a ser insuperables. Mi madre fue autodidacta; creció durante la guerra civil española (1936-39) y fagocitó sus secuelas casi sin hablar de ellas. El hambre, el desplazamiento forzoso de mi abuelo materno, que era jornalero, y la escasez de fortuna causadas por la guerra le hicieron una mella indeleble a mi madre, pero muy pocas veces hablaba de esto; más bien lo hacía usando siempre una muletilla que ella decía cuando nos negábamos a comer algo que nos había cocinado: *hambre, hambre, teníais que haber pasado, como en la guerra*. Y ahí quedaba todo. La secuela que más le dolió a mi madre y a la que sí aludía con mucha frecuencia, es que ella solo pudo ir tres días a la escuela; con todo, sus ganas de aprender le permitieron *asistir vicariamente* al colegio con sus cuatro hijos. Podríamos decir que mi madre comenzó su aprendizaje literario tomándonos la lección a mis hermanos y a mí; se educó con nosotros y, en el proceso, llegó a disfrutar de la lectura y a admirar el arte de escribir. Recuerdo hasta hoy sus palabras animándome a escribir con claridad y naturalidad: *no escribas para llenar hojas, eso es perder el tiempo y gastar tinta y papel*. En el mismo tenor iba aquello de *si no lo entiendes tú, ¿cómo va a entenderlo el otro? y si tienes algo importante que decir, dilo claro*. También con mi madre recibí las primeras lecciones para dar una clase o una conferencia: *¡No mires al suelo y, sobre todo, no hables para el cuello de tu camisa!*

Mi madre, después de sus siempre recordados tres días de clase, no tuvo ocasión de volver a la escuela pues empezó a trabajar a muy temprana edad y nunca dejó de hacerlo, pero ella tampoco paró nunca de aprender. Su motivación junto a su elegancia y su saber estar le facilitaron la entrada en los círculos intelectuales más destacados de la ciudad de Salamanca (España); en ellos se ganó su bien merecido respeto. Mi madre participó con voz propia en presentaciones de libros, inauguración de exposiciones de pintura, de fotografía, de estrenos de cine, en lecturas poéticas, recitales de música, conferencias magistrales y ruedas de prensa. Ganó numerosos primeros premios con sus originales exposiciones sobre el comercio; y las copas que ganó están hoy custodiadas en el Museo del Comercio de la Ciudad de Salamanca.

Mi madre sabía escuchar y aprender; yo creo que ella no le tenía miedo a casi nada y este podía menos que sus ansias de saber, de medrar y de que sus hijos medrasen. De su mano llegué yo a conocer a personas que escribían libros y esa fue mi entrada en otro mundo; me fascinó ver las casas en las que vivían los artistas, escritores y empresarios de la ciudad en cuyos círculos –gracias a ella– se movían mis padres; y me daba

envidia, en sus casas hacía calor, no era necesario sentarse alrededor de la camilla para calentarse al brasero, se escuchaba música clásica, sus cocinas olían a asado y no a sopa; había bibliotecas particulares y sillones para leer; los intelectuales de la postguerra a quienes conocí eran comedidos en el hablar; parecían despreocupados por la subsistencia; tenían tiempo para leer y para pensar y, sobre todo, se preocupaban por ideales no por las necesidades cotidianas. En contrapartida...la comodidad, la despreocupación el bienestar y el sillón de leer no fueron invitados a mi primera casa. Los “prósperos” años ‘60 –de la España del *Bienvenido Mr. Marshall*, definían de forma peregrina lo que eran el progreso y bienestar para la clase trabajadora.

Me pregunto si fue solo por suerte, que una de las mejores amigas de mi madre fuese la cultísima dueña de una librería, la *Librería Hernández*; fue allí, junto a mi madre y a su amiga, donde yo aprendí a amar los libros de bolsillo y a leer críticamente y sin miedo a suspender, pues no me estaba examinando de nada sino aprendiendo. En una época en la que el préstamo interbibliotecario era casi inexistente y el préstamo regular era una lucha de impedimentos, aquella amiga me prestaría casi todos los libros para mi carrera. Tardé muchísimo tiempo en construir mi propia biblioteca, adueñarme de mis propios libros, permitirme doblarles el lomo, subrayar y anotar mis comentarios en sus páginas.

Es casi natural, por tanto, que cuando comenzaron a estar en auge los estudios sobre la mujer, yo pensase inmediatamente en mi madre y en las mujeres cuyo trabajo se contaba como una obligación natural y no como un meritorio desempeño. La historia de España había pasado un tupido velo sobre ellas. En la España de Franco, las mujeres llegaban a tener hasta 20 hijos y recibían premios a la natalidad, pero en aquellos años nunca hubo incentivos profesionales para la mujer; la profesión más común que se registraba en el documento de identidad de una mujer era sus labores.

Este panorama se parecía mucho al que se documentaba en las crónicas de la Edad Media, que fueron el relato oficial de la historia de las Españas medievales: en las crónicas del medioevo, las mujeres que habían sido como mi madre no aparecían por ninguna parte, pues ellas no fueron esposas de reyes, ni trajeron al mundo futuribles vástagos reinantes, ni tampoco fueron santas ni mujeres de la vida ni mujeres con títulos nobiliarios. Las mujeres como mi abuela, mi madre y mis tías al igual que aquellas mujeres de la Edad Media sabían: hacer (¡y hacían!) jabón, embutidos y velas; sabían sacrificar pollos, perdices, conejos y otros animalitos *proprios de mujer* o no tan animalitos pues también en la matanza del cerdo las mujeres tenían un papel primordial. Aquellas

mujeres sabían cocinar manjares con casi nada; en el campo, les tocaba cosechar aceitunas, recoger azafrán o ajos, desenterrar patatas, cortar uvas, y recoger otros productos agrícolas ligeros, tan *propios de mujer* como onerosos.

No sé qué piensas tú como medievalista, querida Gladys, pero a mi modo de ver, entre las mujeres de la reconquista y las mujeres de la España de la posguerra había pocas diferencias. En la guerra civil española, cuando los hombres fueron reclutados para ir al frente --lo mismo ocurrió en la guerra de la reconquista— yo creo que fueron las mujeres quienes sustentaron las ciudades, el comercio ciudadano y agropecuario. Pero sobre ellas, lo mismo que sobre las mujeres de la Edad Media, sabíamos muy poco. Prueba de que el comercio salmantino de la posguerra fue sustentado en gran parte por mujeres lo encontramos en el Museo del Comercio de Salamanca y la herencia medieval seguía viva en la España de aquellos años.

Los trabajos de mi madre y de las mujeres de su generación fueron a la par con los de los hombres. Todas ellas fueron mujeres muy trabajadas y, casi todas ellas, como por arte de magia, también hacían labores primorosas con las mismas manos que antes habían escarbadado la tierra. Ellas vestían a la familia de pies a cabeza sacando materiales de la nada --todavía conservo los primeros zapatos de hule que me hizo mi madre--; ellas sabían hacer sábanas con las camisas y camisas con las sábanas; zurcían y echaban remiendos casi sin mirar; daban vuelta a los cuellos y puños de las camisas para que durasen años; tricotaban jerséis sin límite y --como Penélope--, cuando los elásticos, los codos y los cuellos estaban dados de sí, los deshacían para armar madejas, devanar ovillos y mezclar la lana de los jerséis viejos para transformarlos en nuevos, y estos eran siempre jaspeados. Los jerséis jaspeados de mi infancia fueron un libro abierto de la historia familiar.

En mis estudios, me percaté de que aquellas mujeres de la Edad Media, al igual que mi madre, llevaban la intendencia de la casa o del convento *multiplicando panes y peces*, pero había una gran diferencia: la mayoría de las mujeres de la posguerra española educaron a sus hijos, especialmente a sus hijas, para que dejaran de hacer *oficios*... y nos empujaron al estudio para darnos una *profesión*. Ellas silenciaron su historia o por pudor o por hastío o porque no se esperaba que la contasen; pero quienes vivimos vicariamente su infancia y sus trabajos, mantuvimos sus secuelas en la memoria.

Mi generación (n. 1955) conoció de primera mano los trabajos que hacían las mujeres de la Edad Media española: yo vi lavanderas en el río Tormes; las vi segar y

trillar el trigo en la provincia, hacer y vender encajes, actuar de parteras y curanderas; echar conjuros para quitar verrugas; hacer emplastos y tantos y tantos oficios hoy desaparecidos. Esta proximidad de épocas aparentemente tan distantes y la vida de mi madre como modelo me impulsaron a estudiar el trabajo de la mujer en la Edad Media y editar *Women at Work*.¹ Los artículos allí recopilados nos proporcionaron un filón de datos y confirmaron que los trabajos de la mujer durante la Edad Media española fueron imprescindibles para el desarrollo de la sociedad.

Comencé a interesarme académicamente por el tema de la mujer gracias a la obra de Georges Duby, cuando las universidades de Europa y Norteamérica empezaron a ver en la Historia medieval de Francia a otras mujeres que no eran Juana de Arco o Christine de Pizan. La obra de Duby influyó considerablemente en los hispanomedievalistas que fueron mis maestros, y también en mi generación, y nos impulsó a estudiar a mujeres españolas como santa Teresa, por ser mujer y escritora y no solo por ser santa; nos dimos cuenta de que las mujeres estudiadas en los centros educativos podían contarse con los dedos de la mano. Sabíamos de Beatriz Galindo, Isabel la católica, santa Teresa y poco más; y a las protagonistas de obras maestras de la literatura medieval como Celestina, Melibea, doña Lambra o doña Sancha las conocíamos por sus *defectos* morales y no por su hacer social.

No sé si lo recordarás, querida Gladys, pero creo que en los EE.UU., todo esto cambió radicalmente a mediados de los '80, cuando se publicaron obras que han resultado imprescindibles para este campo y que son de la autoría de Alan Deyermond, Eukene Lacarra, Nancy Joe Dyer, Joseph Snow, Mercedes Vaquero, Clara Estow, Louise Mirrer, Marjorie Ratcliffe y Ronald Surtz entre otros. Gracias a ellos salieron de los anaqueles las obras de otras mujeres como: Florencia Pinar, Teresa de Cartagena o la monja Egeria. Estudiosas norteamericanas como Barbara Weissberger nos dieron a conocer a otra Isabel, que siendo la misma persona era bien distinta a la católica reina de la reconquista y que incentivaron su seguimiento. En España, creo que para mi generación fueron fundamentales los estudios de Cristina Segura Graíño, Cristina Cuadra García, Concepción Arenal, Pedro Cátedra y Carmen Parrilla. Ellos, entre otros, pusieron la piedra angular para la historia de la mujer en la época medieval.

Para las españolas de mi generación, no es posible hablar del universo femenino

1 Edité con Marilyn Stone el labor titulado *Women at Work in Spain from the Middle Ages to early Modern Times*, New York, Peter Lang, 1998.

sin considerar el binario masculino/femenino en el que nos educamos las mujeres y del cual aprendimos soluciones prácticas para los retos que nuestra sociedad imponía a la mujer. Yo aprendí mucho sobre las estrategias del *universo femenino* gracias al *universo masculino* de mi padre. De mi padre aprendí la importancia del silencio, y vi que, lo mismo que él, las mujeres de la postguerra que no tenían voz, también sabían manejarlo como un arte.

Creo que mi padre temía que se le gastasen las palabras; y, sin saberlo, él seguía *flores de sabiduría* de otros famosos personajes de la historia, como Haruki Murakami quien dijo que *A los silenciosos no se les puede quitar la palabra*; o Aldous Huxley quien sabía que *es mejor ser rey de tu silencio que esclavo de tus palabras* o Georges Clemenceau, quien creía que *El silencio es un gran arte para la conversación*.

Gladys, no sé si te lo he contado alguna vez, pero estando mi padre en su edad prolecta y yo con amplia experiencia profesional, vine a descubrir que el silencio y los monosílabos habían sido su gran secreto para hacer que otros le contaran una buena historia. Tras quedarse viudo, si alguien visitaba a mi padre, la conversación entre ambos –por llamarla de algún modo– comenzaba siempre con una medio sonrisa hacia el visitante, una indicación de su trabajada mano invitándole a sentarse, y una cordial inclinación de su elegante cabeza para responder sin hablar al saludo del recién llegado. De este modo, tras los dos o tres o largos primeros minutos de silencio, el visitante sabía que tenía ante sí la posibilidad de aceptar el papel de *lenguado*, es decir, la persona que en la época de Alfonso X se refería a la persona *que habla bien*, o bien podía contemplar las musarañas. El visitante que accedía a darle conversación a mi padre, recibía como respuesta solo sus monosílabos; pero, en realidad, era él quien guiaba la narrativa con un *¿y?* o un *¡nooo!* o un *ya*; y si no le convencía la historia que le contaban entonces usaba dos monosílabos átonos y pausados *ya... ya...* Una variante de esta era la exclamativa tónica *yá, yá!*, lo cual quería decir que el relato era inverosímil. Otros dos monosílabos seguidos con h aspirada como *ah, ah* le daban seguridad al lenguado pero un *¿ah, sí?* exigía más argumentación y el lenguado de turno tenía que repetir los datos con más pruebas; o, en el mejor caso, el *¿ah sí?* podía significar que la historia requería mejor narrativa, más color.

Como te digo, mi padre hablaba tan poco que ni siquiera corregía a su interlocutor si no era absolutamente necesario, si la *conversación* fluía y la historia era verosímil. Sirva como prueba de ello lo que ocurrió un 19 de marzo de no recuerdo con precisión el año en el *Café Magnolia*. Este era un bar de barrio en el que mi padre consumía lo

mismo todos los días: un descafeinado sin azúcar y solo un churro. Aquel 19 de marzo, día de san José, fui yo quien pagó el café de mi padre porque, como le dije al cantinero, ese era el día de su santo; así se enteró el dueño del bar de que mi padre, a quien él había llamado Luis durante más de seis años, se llamaba José.

De mi padre aprendí que el silencio y las pausas son fundamentales para contar historias y que estas tienen que tener vida propia, ya sea en artículos, ensayos o incluso libros, pues los capítulos no pueden desentonar del conjunto, las tuyas han de ser historias *unadas* como decía Alfonso X y los monosílabos con los que mi padre guiaba las conversaciones – especialmente el *¿y?* todavía me sirven para autoevaluar mis escritos. La escritura es reflexión en un silencio que tiene voz.

Me preguntas Gladys: ¿cómo encontré yo mi voz en la academia? Honestamente, no estoy segura pero creo que fue a fuerza de trabajo y observación. No tengo una receta mágica que ofrecer, solo sé que los marcos sociales en los que crecí se me fueron quedando pequeños; especialmente en Salamanca; pues lo que yo veía en mi casa y en la ciudad en la que viví me llevaron a cuestionar lo que me explicaban en clase. En mi casa no se reflejaba la historia triunfalista que aprendía en el colegio. Así, nada más terminar mi carrera, supe que quería salir del *lugar* intelectual que *me correspondía* en aquella España de los años ‘50 a ‘70 cuando el franquismo y la endogamia habían condicionado la vida universitaria, y a mí, por herencia, no me correspondía ningún lugar en la universidad española.

Fueron las universidades de Lisboa (Portugal), California y después la de Maryland- ambas en EEUU- las que me dieron la libertad para crecer intelectualmente y encontrar mi voz. Y lo conseguí gracias a sus bibliotecas y gracias a la exigencia de reflexionar sobre textos primarios que me llevaron escribir ensayos sobre los temas más diversos, algunos de ellos acabarían siendo libros. Si saqué mi voz, fue leyendo y hablando con los críticos que fueron mis maestros: Alan Deyermond, Harvey Sharrer, Juan Bautista Avallé Arce, Marina Brownlee o Joseph Snow, entre otros. Es interesante que entre mis grandes maestros hay hombres y mujeres, pero mis grandes maestras y mentoras fueron siempre mujeres, entre otras: Pilar Vázquez Cuesta, Isabel Criado, Clara Estow, Mercedes Vaquero, Marilyn Stone, Barbara Weissberger, Connie Scarborough, Nancy Marino, Concepción Company, Graciela Palau de Nemes, Louise Fothergill- Payne y Carmen Parrilla.

Al escribir estas líneas, y pensar en otros retos como el del desplazamiento o

el desarraigo, que también tú has experimentado, observo que cuando hablamos de intelectuales desplazados, emigrados o exiliados, casi siempre recordamos a los *grandes hombres* pero hay un enorme vacío sobre la mujer académica en la emigración, ¿no te parece? Pienso en mis amigas españolas que viven, trabajan e investigan en los EE.UU., y veo que si hablamos de la mujer como investigadora y profesora universitaria no está muy clara la diferencia que existe en este grupo entre una emigración forzada, un autoexilio o una decisión que se toma porque no queda otra. El autoexilio conlleva un cierto pedigrí, y las mujeres raramente se lo atribuyen.

Muchas de mis colegas españolas, como yo misma, vinimos a los EE.UU. sin pensar demasiado en las consecuencias. Llegamos aquí atraídas por el señuelo de una beca para hacer el doctorado; a esta le siguieron otras becas, incentivos para la investigación, condiciones de trabajo inimaginables en España; y nos percatamos que fuera de España podríamos crecer personal e intelectualmente. Personalmente, asumí con dolor el desarraigo y desgarró de mi ciudad, mis amigos y de mi familia. Hasta hoy siento el desgarró, pero hasta hoy... no me arrepiento, pues he aprendido a vivir felizmente con las consecuencias, como una parte de la vida y sin desligarme de mis vivencias o mis querencias en España.

Ante la pregunta que me haces, querida Gladys, sobre cómo llegamos a conformar un tema o autor o *corpus* al que nos dedicamos años y años. Para mí todo ha sido un continuo en el que he ido dejando notas a pie de página que más tarde retomé y llegaron a ser otro artículo u otro libro. Comencé mi carrera académica escribiendo sobre la *Crónica abreviada* de don Juan Manuel; amén de los estudios clásicos de Alan Deyermond, Diego Catalán, Charles Fraker, Julio Valdeón Baroque, Aníbal Biglieri, Ana Diz y Mercedes Vaquero, entre otros, fueron las interpretaciones sobre la escritura de la historia de Michel de Certeau y Hayden White las que me ofrecieron un nueva perspectiva sobre la escritura de la historia y el análisis de la misma como narrativa no documental, es decir, casi como ficción. Lo que más me atrajo es que esta línea de la *invención* de la historia encontró su momento de gloria en las narraciones del Nuevo Mundo, las cuales, y no por casualidad, fueron coetáneas con el *Amadís* de Montalvo y las *Sergas de Esplandián*. Asimismo, eran muy obvios los vínculos entre *Las Sergas* y la *Gran Conquista de Ultramar* o el *Viaje a Turquía de Cristobal de Villalón* y los viajes de Marco Polo.

Creo que la interpretación de la historia ha sido el hilo conector de mi línea de trabajo; ya fuera en crónicas, en historia de la mujer o aspectos particulares de la historia

de la cartografía y narrativas del nuevo Mundo, la historia de los seres no nombrados y las historias no escritas o la conexión en historia de la lengua española entre esta y la filosofía judeocristiana. Esto me permitió pasar de los estudios juanmanuelinos al estudio de la mujer, al estudio de la historia de la lengua y al estudio de la costa atlántica norteamericana manteniendo un hilo evidente en mis libros sobre estos temas. También me preguntabas, Gladys, cómo llegué a mis temas de investigación y esta respuesta sí es sencilla: por pura curiosidad y cuestionando las casillas pre-establecidas. Es cierto que yo nunca pensé que iba a empezar mi carrera académica con don Juan Manuel pues la versión de este autor que yo había recibido en España no era alentadora. Ante el reto de escribir una tesis doctoral y tras el comentario de Juan Bautista Avalle-Arce sobre la reciente edición de las obras completas de dicho autor y la pobreza de miras que existía en España sobre él, empecé a leer su obra palabra a palabra, línea a línea. No iba buscando nada, solo iba leyendo sin prejuicios. Los datos encontraron su lugar y así lo encontré mi *Juan Manuel: Escritura y recreación de la historia*.²

Todo tiene su momento, querida Gladys, yo que nunca he contado una historia tan personal como esta, lo hago ahora con la esperanza de ayudar a que los investigadores sobre el universo femenino se muchigüen y pasen sus escritos por la criba del lector más exigente: su otro yo. También lo hago para que mis hijos y nietos tengan una excusa para conocer Cuyo, se pregunten por *Melibeia* y... por si un día de estos me quedo a vivir en los monosílabos y, sin querer, yo también silencie parte de la historia de la mujer.

Un abrazo

Carmen

² Lo publiqué en el Hispanic Seminary of Medieval Studies, en Madison, Wisconsin, en 1994.